

Carlos Vattier

Cuerpo presente (1)

(A Patricia Morgan)



LN el mar negro del aposento, con sus acolchadas nieves y el limpio claror de sus vellones, se detuvo medio a medio el témpano del lecho. Sobre el mármol plegado de la sábana, tendida la flecha de hielo de su cuerpo, a manos del arco vibrante de Azrael.

Adiós templada atmósfera, fluyendo como una azul primavera de sus venas, para alimentar las flores de las voces y al día dado a luz igual que un niño; adiós blanduras que se poseían como las febriles aguas de un miraje, sosegadas ya en su cera mortal. Sólo el filo de su nariz, como un cuchillo o una quilla, lista para partir las sombras frías.

(1) Estos poemas en prosa pertenecen al libro «Desvestir al desnudo» que el autor publicará este año. Son absolutamente inéditos. Carlos Vattier ha trabajado durante diez años en esta obra reveladora de un aspecto nuevo dentro de su creación, que abarcaba ya casi todos los géneros.

Cruzadas sobre la cripta del pecho, unas manos infinitas, oyendo los ecos del corazón callado. Y en la escritura de sus glaciales palmas, la naciente línea del olvido, prolongándose con la de su larga vida...

El pie veloz que se adelantaba al rayo del pensamiento, con un ala en el talón que nadie le veía, afloja ya su sandalia de ceniza. Por sus uñas crecidas hasta lo transparente, se le fugó todo color.

La tirante cicatriz de la boca, cosida con hilillos de aire y de saliva, aprisiona la última palabra que no dijo, porque pudo mandarle que resucitara...

Bajo el mentón y los cerúleos pómulos, la rata marfileña de la calavera, empieza a roer la diáfana trama de su piel, que se deshilaba en una sangre como cereza fresca.

Su frente immaculada donde la luz se condensa en puro hueso, es el libro de una sola página, en que Dios lo aprende... ¡La indescifrable frente!

Sus entrañas no están. Se adivinan tan sólo en lo que dicen los demás. Si las embalsamaron con áloe, calcio y mirra, no aleteará entre tinieblas la mariposa más siniestra, incubada en ellas, antes de que todo sea tierra.

Bajo esas carnes fugaces acecha su esqueleto, lo mismo que el amor dentro de los sueños.

En el chisporroteo de los cirios algo queda del bordonado de las mil abejas que trabajaron sus ceras. Las llamas amarillas proyectan en lo alto del muro el sombrío perfil de su figura, como en un aéreo sepulcro. Conservando el calor de los dedos que las tejieron, las guirnaldas batallan hasta morir con ese hálito de hielo.

Y como nada hay más detenido ni tan ajeno a este planeta, sería menester arrojarlo al espacio donde se

pudren las apagadas estrellas. Sólo cierta humedad de los cabellos y en los lagrimales violetas, por el juego de su brillo, nos hace jurar que se ha movido... En su cabellera desatada, no logra la muerte matar todo lo vivo.

Su cabeza abandonada cae y gravita tanto como la tierra. Todo el bulto se le desploma más allá de su forma. Pesa y pesa, porque no encuentra ya un amante brazo que lo sostenga.

Con la mortaja ovillada como un albo lino, no es más que un trazo horizontal, para dejarlo grabado en la cuenca de una piedra y tapiarlo con una lápida de viento.

¿Azrael, ángel de los muertos, tú que viviste siempre dentro de él, cuando salgas volando como una crisálida, a quién arrancarás del celeste vacío de su cuerpo? ¿A él mismo o a otro muerto?

SILABARIO DE LOS ANCIANOS

Al andar sin oír y con sus pensativas manos de ciego, vas aprendiendo a no despertar de ningún sueño.

El encorvarte a tientas hacia la tierra, no es más que para buscar un pozo con cielo, como hace la vara de cerezo.

Tu hambre de la mañana, algo semejante al que pide alimentos, sabiendo que se sacia también con agua.

Para tu desvelo de ojos sin párpados, el día y la noche, una sola cosa, como sería tal vez la eternidad.

Y ya que posees toda la sabiduría: olvídala.

Como has repetido todas las palabras, cállate, para que las digan los demás.

Si oyes tu nombre, de seguro que preguntan por otro...

Si te llaman, no respondas... ¿Adónde irías?

No te enfades: daría lo mismo que si sonrieras.

¡Cuidado! No te contemples en las arrugas del espejo. Son tu juventud.

No cortes esa rosa: se deshojaría con el temblor de tus manos.

Respecto a la tierra y su entretenimiento, fué un regalo que regalaste.

En cuanto al amor, es acaso el recuerdo de lo que no supiste.

Y sobre los recuerdos mismos, dínos ¿duele irse convirtiendo en ellos?

¡Habla! ¿Quieres que se te derrita la nieve de las sienes y que tu cabeza se vaya por ese pequeño río?

Confiésanos: ¿cuando llorabas o reías, adivinaste con qué se encantaban tus ojos?

¡Ay! el frío es desde los huesos hacia afuera, desde el vacío en que suspende el corazón, hasta las endurecidas venas. Y aquello sólo se abriga con mármol.

Por eso, aquí tienes arroz blando, una manta de lana y la leche de los niños. Toma también esta jarra, llénala de sol y bébetela...

De todos modos, si no pudieses hacerlo, busca sal para sellarte los labios, un poco de ceniza... y márchate ya.